

# NEW LEFT REVIEW 79

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO ABRIL 2013

## ARTÍCULOS

MIKE DAVIS	¿Las últimas elecciones blancas?	7
CHRISTOPHER JOHNSON	Todo consumido	61

## ENTREVISTA

CLAUDE LÉVI-STRAUSS	La puesta de sol	77
---------------------	------------------	----

## ARTÍCULOS

KEVIN GRAY	Las culturas políticas de Corea del Sur	91
JIWEI XIAO	La mirada de un viajero	111
BOLÍVAR ECHEVERRÍA	<i>Homo Legens</i>	131

## CRÍTICA

ADAM TOOZE	Imperios en guerra	143
ROBIN BLACKBURN	Finanzas para anarquistas	155
GREGOR MCLENNAN	Una cartografía de la teoría radical	166

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el  
Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN,

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

## CRÍTICA

Michael Mann, *The Sources of Social Power, Vol. III, Global empires and revolution, 1980-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012.

ADAM TOOZE

### IMPERIOS EN GUERRA

La publicación casi simultánea de los volúmenes III y IV de *Las fuentes del poder social* de Michael Mann concluye un proyecto auténticamente colosal de sociología histórica. Junto con las obras de Anthony Giddens, W. G. Runciman, Ernest Gellner y Eric Hobsbawm, el proyecto de Mann fue uno de los productos específicos de la coyuntura intelectual en Gran Bretaña durante la década de 1970. Mann, colega de Gellner en la London School of Economics, buscaba, como Giddens y Runciman, una salida constructiva al *impasse* de la sociología posmarxiana y posweberiana; pero su formación original era la de un «*history boy*» prototípico, producto del legendario ideoducto Manchester Grammar School-Oxford. En el transcurso de un itinerario que lo llevó del trabajo social a una investigación comprometida sobre el mundo del trabajo, la idea original para *Las fuentes del poder social* se fue configurando a mediados de la década de 1970. Concebido en un principio como un libro de pequeño tamaño, fue creciendo hasta convertirse en una tarea gigantesca. La publicación del volumen I en 1986 hizo famoso a Mann y contribuyó a reavivar el campo de la sociología histórica. Mientras que contemporáneos suyos como Giddens sucumbían a los encantos del Nuevo Laborismo, Mann, a cobijo en California, siguió a lo suyo. El volumen II, con cerca de mil páginas que cubrían el periodo 1760-1914, apareció en 1993. Veinte años después, Mann nos presenta una exposición igualmente colosal en dos volúmenes del siglo XX. Esa culminación ha venido preparada por otros tres libros sustanciales, *The Dark Side of Democracy*, *Fascism* y el

ajuste de cuentas de Mann con el descarrilamiento de la política estadounidense después del 11 de Septiembre, *Incoherent Empire*<sup>1</sup>.

El título del proyecto de Mann es programático. No se trata de un estudio sobre la sociedad o la cultura; es un estudio del poder social. El paso de la sociedad al poder respondía a un propósito constructivo y crítico. Junto con otros pensadores de las décadas de 1970 y 1980, Mann decidió elaborar y ofrecer una exposición del poder moderno que no se basara en la tan cosificada noción de «sociedad». Evidentemente, se pueden construir unidades sociales; pero es algo que debe explicarse, no darse por supuesto; las sociedades pueden también descoyuntarse, como intentó demostrar Margaret Thatcher. Mann propuso, por lo tanto, el estudio de las redes de poder como unidades de análisis más básicas. Podría verse en tal iniciativa una tentación de plantear un nuevo monismo bajo la forma de una única fuente de poder, pero Mann lanzó en cambio un acrónimo, IEMP, no muy fácil de pronunciar, lo que forma parte de la cuestión. Se trata de un conglomerado, y no de un término único: Ideología, Economía, fuerza Militar y organización Política, cada uno gobernado por su propia lógica y los cuatro ingredientes inseparables del poder, definido como «la capacidad de conseguir que otros hagan cosas que de otro modo no harían», a fin de «alcanzar nuestros propios objetivos». Es su combinación e interacción lo que da lugar a las redes y otras cristalizaciones a partir de las cuales se forman los Estados.

Dentro de ese marco, el volumen I constituía una narración multifacética que recorría varios milenios y culminaba en una presentación del ascenso de Occidente que evitaba muchos, sino todos, de los deslices habituales en ese venerable género. Fue recibido con gran aplauso. Más desconcertante es el silencio relativo que cayó sobre el volumen II, que se esfuerza más arduamente por explicar la cristalización del poder occidental a lo largo del siglo XIX, bajo la forma del Estado-nación europeo. Puede parecer paradójico que alguien que se propuso refundar la sociología a partir de un estudio de las redes más que de las sociedades acabara centrándose tan resueltamente en la nación; pero para Mann, si la tríada nación-Estado-sociedad llegó efectivamente a dominar la modernidad, eso es algo que la teoría crítica debe explicar, y no dar por supuesto como punto de partida. Durante las décadas de 1980 y principios de la de 1990 se produjo una gran proliferación de análisis constructivistas de la nación; la contribución distintiva de Mann fue su concentración en el poder. Hablaba de las naciones, no como comunidades imaginadas o tradiciones inventadas, sino como jaulas cuyas cuatro esquinas son IEMP.

La recompensa por esa exploración histórica cada vez más concentrada y a la vez profunda, llegaba en la conjunción entre los volúmenes II y III con

<sup>1</sup> *El lado oscuro de la democracia y Fascistas*, Valencia, 2013; *El imperio incoherente. Estados Unidos y el nuevo orden internacional*, Barcelona, 2004 [N. del T.].

la exposición que hacía Mann del estallido de la Primera Guerra Mundial. Se le pueden achacar las preocupaciones particulares de la Gran Bretaña postimperial, pero cabe entender las brillantes últimas páginas del volumen II como el blanco al que apuntaban todos los esfuerzos anteriores: es mirando hacia atrás desde la mareante tromba de julio de 1914 como se hace visible todo el arco de su construcción. Si el volumen I cartografiaba el ascenso de Occidente a partir de la era precristiana, y el volumen II mostraba cómo había surgido el Estado-nación como gran punto de convergencia de las energías del poder social colectivo, 1914 era el Armagedón, la vorágine, el comienzo del fin. Como decía el propio Mann en la penúltima página del volumen II, casi con una sensación de alivio: «La Gran Guerra ejemplifica, con su horror, la estructura del Estado y de la sociedad modernos, tal como las he analizado y he teorizado sobre ellos en este volumen.»

¿Qué quería decir con esto? En una valoración favorable del volumen I en estas páginas, Chris Wickham criticaba a Mann por decir en una observación de pasada que «habitualmente son las minorías las que hacen la historia». Esto, en opinión de Wickham, era a la vez falso como afirmación general sobre la historia y reflejo de un «modelo tradicional de la historia como acción política». La cita no hacía justicia a Mann; pero la paradoja de la era moderna revelada tan estrepitosamente por la crisis de julio de 1914 era precisamente que, en el mismo momento en que las fuerzas sociales parecían generar un enorme impulso, las elites entraban en juego como nunca antes. La culminación de aquel proceso paradójico fue la doctrina de la destrucción mutuamente asegurada (MAD) durante la Guerra Fría, cuando pares desequilibrados de gobernantes, al mando del poder destructivo de dos Estados continentales, tenían en sus manos el futuro de la vida en nuestro planeta. Tal situación es el tema del volumen IV, pero la extraordinaria labilidad de la modernidad quedaba prefigurada en 1914. Lo que la exposición sobre el poder de Mann era capaz de mostrarnos en relación con aquel momento es la fragilidad de lo que entendemos por Estado o nación sometidos a semejante tensión: toda la colectividad, con sus fuerzas inmensamente destructivas, puede ser llevada al conflicto como consecuencia de una interacción desastrosamente contraproducente entre parlamentos, juntas de mando militares, público de masas e intereses económicos. Aunque cada uno de ellos era individualmente racional, el resultado de su conjunción era abominable. Como decía Mann inmediatamente antes de la frase citada en el párrafo anterior, las formaciones polimorfos de poder llamadas Estados «eran solo el reflejo de la sociedad moderna, dotada de poderes colectivos masivos, con sus redes de poder distributivo entrelazadas en forma no dialéctica». En manos de uno de sus colegas franceses, la sugerente idea del «entrelazamiento no dialéctico» podría haber dado lugar a una teorización más profunda, pero el propio

Mann prefería un lenguaje más directo: la realidad del poder moderno era un «caos pautado» [*patterned mess*].

Si la crisis era la dramática culminación del volumen II de *Las fuentes del poder social*, en el volumen III se convierte en tema dominante de toda la narración. Durante más de quinientas páginas, Mann ofrece a sus lectores un rápido resumen de los dramas de la primera mitad del siglo XX, desde el estallido de la Primera Guerra Mundial hasta el final de la Segunda, pasando por las Revoluciones rusa y china, el fascismo, el estalinismo, el Japón imperial, el surgimiento de la ciudadanía social europea y el *New Deal* estadounidense. Como siempre sucede con Mann, esa narración está centrada en la «primera línea de ataque del poder»; pero como debe suceder en una historia del siglo XX, abarca una esfera mucho más amplia, prácticamente todo el hemisferio norte, desde Estados Unidos, Europa occidental y la Unión Soviética hasta China y Japón. Es una historia, en palabras de Mann, de «globalizaciones polimorfos», impulsadas por las complejas interacciones de las tres organizaciones de poder más básicas de las sociedades humanas: el capitalismo, los imperios y los Estados-nación. Concede que «entrecerrando los ojos, es posible construir una historia evolucionista hacia adelante y hacia arriba» incluso a partir de la siniestra materia prima del siglo XX; pero como él mismo ha insistido siempre, tales visiones comedidas de la modernización son incapaces de captar el auténtico drama del desarrollo del poder moderno, que consiste precisamente en su acumulación heterogénea, azarosa y a menudo proclive a la crisis. A diferencia de los dos anteriores, el volumen III de *Las fuentes del poder social* está por tanto dominado por una serie de acontecimientos complejos, que Mann llama las «tres grandes perturbaciones»: la Primera Guerra Mundial, la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial. Ese tema, nos promete, proseguirá en el volumen IV, que se centra en la carrera de armamentos de la Guerra Fría y la crisis medioambiental global. Mann es agudamente consciente de este cambio de enfoque de sus análisis. Mirando hacia atrás, tras las consecuencias de 1914, dice, no puede sino parecernos que las épocas anteriores eran menos proclives a perturbaciones tan salvajes; menos contingentes, más gobernadas por pautas generales de desarrollo social. ¿Es esto cierto? Mann deja abierta la cuestión. Ciertamente, el reto a la hora de escribir la historia del siglo XX es evaluar «en qué medida las relaciones de poder contemporáneas son producto de la lógica del desarrollo de macroestructuras, y en qué medida han sido reorientadas por coyunturas oportunas que dan lugar a acontecimientos históricos o por individuos en situaciones de gran poder».

Es la envergadura de la ruptura en 1914 la que hace inevitables esas preguntas. Mann es de los pocos que afrontan de cara el resbaladizo problema de la transición entre el siglo XIX y la «era de los extremos» del siglo XX. Dos recientes estudios sobre la modernidad global, *The Birth of the Modern*

*World* (2004), de Christopher Bayly, y *Die Verwandlung der Welt* (2011), de Jürgen Osterhammel, se interrumpen abruptamente, dejando una sensación de frustración, en 1914. Al otro lado de la gran separación, el estudio sobre el siglo XX *Dark Continent* (2000), de Mark Mazower, conseguía la notable hazaña de entrar en el periodo de entreguerras sin un serio análisis de la Primera Guerra Mundial ni de la Revolución Rusa. Entre los que establecen un puente, Arno Mayer lo hizo en *Why Did the Heavens Not Darken?* (1988) extendiendo el siglo XIX hasta bien avanzado el siglo XX y convirtiendo así la Segunda Guerra Mundial y el judeocidio en consecuencias demoradas del *Ancien Régime*. Más convincentemente, Charles Bright y Michael Geyer, cuya obra Mann desgraciadamente no tiene en cuenta, han propuesto en una serie de artículos que deberíamos pensar en términos de un largo siglo XX que comenzaría, no en 1914, sino con los trascendentales levantamientos entre la hambrienta década de 1840 y la Comuna de París.

El estudio más leído de ese tipo, con mucho, es el de Eric Hobsbawm, cuyos cuatro volúmenes cubren el periodo desde la Revolución Francesa hasta la caída del comunismo. Lo que no es tan frecuentemente señalado es la gran diferencia entre su *Historia del siglo XX* y los tres volúmenes que la precedieron. Mientras que *La era de las revoluciones*, *La era del capital* y *La era del imperio* tenían una construcción muy clásica, basándose en un marxismo no dogmático, la *Historia del siglo XX* comenzaba con un capítulo que presentaba la extrema violencia con que estalló la Primera Guerra Mundial como un fenómeno nuevo, con su propia fuerza causal. A continuación enmarcaba el siglo como una batalla de ideas, una pugna ideológica que Hobsbawm remontaba hasta la Revolución Francesa. Vale la pena señalar que la reseña que hizo Mann en 1995 para la *NLR* del libro de Hobsbawm parezca retrospectivamente un anuncio de su propio proyecto en marcha. Al igual que Hobsbawm, Mann reconocía que una historia del siglo XX tenía que ser una historia de la ideología, de la crisis y de protagonistas individuales como Stalin, Hitler, etc. Pero Mann se proponía un tratamiento más sociológico y materialista. Si la ideología era importante, ¿quiénes eran los extremistas y qué es lo que les hacía proclives a ideas tan salvajes? ¿Y qué es lo que hizo sus ideologías tan consecuentes históricamente? ¿Qué combinación de fuerzas impulsó la desmesurada expansión del poder estatal? Junto a la P, la I y la M de la crisis, había que tener en cuenta la E. Mann reprochaba a Hobsbawm la elusión de un tratamiento serio de la economía.

Pero a principios de la década de 1990 Mann no parecía todavía anticipar uno de los grandes descubrimientos intelectuales de las dos décadas siguientes, el advenimiento de lo global. Retrospectivamente, la ausencia más notable del volumen II de *Las fuentes del poder social* era cualquier referencia coherente al imperio occidental. En la medida en que se menciona siquiera el mundo como totalidad, es en relación con el capitalismo global,

y solo en un tímido capítulo. Pasados veinte años, en el volumen III, el «imperio» es el término clave. Capitalismo y Estados-nación son ahora (re) descritos como palancas de la globalización. Reconociendo su omisión en el volumen II, Mann insiste ahora en que los imperios «han proporcionado el tipo preponderante de dominio en todas las sociedades a gran escala de la historia». Insiste, por supuesto, en que las globalizaciones resultantes fueron polimorfas, fraccionales, plurales y divisorias; pero una de las sorpresas de los dos últimos volúmenes de *Las fuentes del poder social* es hasta qué punto Mann permite que el imperio domine la historia, no de los siglos XVIII y XIX, sino del siglo XX. Para Mann la gran guerra interimperialista no es la Primera Guerra Mundial, sino la Segunda.

Este resultado contrario a lo intuido de la discontinuidad del proyecto de Mann y de su interrupción durante dos décadas se hace algo más fácil de aceptar si tenemos en cuenta la revisión geográfica que subyace bajo su tratamiento del imperialismo. Tal como éste es introducido en el volumen III, comenzando en la década de 1890, lo representan tanto Japón como el imperio global de Gran Bretaña y Estados Unidos. Si giramos el globo hacia Asia oriental, donde se cruzan esas potencias, entonces sí es muy razonable ver una escalada de rivalidad interimperialista desde la intrusión del comodoro Perry en 1853 y que se arrastraría hasta la guerra apocalíptica entre Japón y Occidente iniciada en 1941. Es en el tratamiento que da Mann a la estrategia imperial de Tokio entre 1890 y 1941, recurriendo a un buen acopio de notables textos sobre la política y la economía política japonesa, donde vemos la prolongación más directa de su penetrante análisis del poder europeo antes de 1914. La cuestión es cómo trasladar esa sutura entre el siglo XIX y el XX desde Asia hasta el epicentro de violencia y agitación entre 1914 y 1945, esto es, a Europa. Cabría pensar que Mann simplemente asume la visión del impacto corrosivo del imperialismo sobre el sistema de Estados-nación europeos ofrecida por Hobson o Lenin, pero prefiere situarse ostentadamente junto a Niall Ferguson, arrojando esa idea al basurero de la historia y ofreciendo una atención parecidamente escasa a las versiones más de moda de los epígonos de Schmitt o de Arendt. ¿Pero cuál es entonces la conexión que ofrece el libro entre el nuevo planteamiento imperialista del volumen III y la crisis de 1914?

Una forma concreta de relacionar la rivalidad interimperialista en Asia oriental con los acontecimientos en Europa habría sido a través de la geopolítica de Eurasia. Pero esto habría requerido que Mann ampliara su panorama del imperialismo de finales del siglo XIX para incluir la que de hecho era su potencia más extensa y más rápida y agresivamente expansiva, la Rusia zarista. Siguiendo esa línea, un equipo imaginativo de historiadores dirigido por John Steinberg y Bruce Menning ha sugerido que la guerra ruso-japonesa de 1905 debería ser rebautizada como «Guerra Mundial

cero». Pero si bien el tratamiento que ofrece Mann de Japón es sólido, Rusia es un eslabón débil en su cadena analítica: en el volumen II tenía más que decir sobre los Habsburgo; en el volumen III su narración no empieza hasta las revoluciones de 1917. Rusia como gozne euroasiático está ausente. Una vía alternativa hacia la coherencia podría haber transcurrido a lo largo de lo que John Darwin llama apropiadamente en *The Empire Project* (2009) «el sistema-mundo británico». En los cálculos del Comité eduardiano de Defensa Imperial ambos hemisferios eran rutinariamente «pensados juntos» como un único espacio estratégico. Pero en su exposición del poder imperial británico, Mann se distrae fácilmente con los informes sobre atrocidades coloniales. Con respecto a la economía se permite entretenerse en una reflexión moralista sobre los costes y los beneficios del imperio, cuyo propósito parece ser confirmar la idea de que éste era principalmente un proyecto de coerción e ideología, no impulsado por poderosos intereses sociales. Pero, sorprendentemente, no aprovecha esa crítica como trampolín para un análisis de la resistencia de masas frente al imperio británico, que después de la gran crisis imperial de 1919-1922 condicionó en buena medida las decisiones estratégicas de Whitehall.

Sin ese tejido conectivo, uno se queda con la desconcertante sensación, no de un «caos pautado», sino de un libro desencuadrado. Mann percibe esa tensión y trata de recuperarla para su argumento con términos sugestivos como «imperialmente fracturado» y «semiglobal», pero eso no le salva de acercarse a la contradicción consigo mismo: en su conclusión se complace en insistir en que la caída del imperio europeo en 1945 no fue más que justicia, porque «el imperialismo europeo, imitado por el japonés, había sido la causa profunda» de las ruinosas guerras que erosionaron sus recursos de poder; pero habiendo rechazado la geopolítica imperial como explicación de la crisis de julio de 1914, se ve obligado a empapelar la brecha con un nuevo holismo: la cultura militarista. Según nos dice, «los europeos eran todavía de Marte». No había «una razón necesaria por la que los sistemas multiestatales tuvieran que generar tanta guerra, pero cuando se involucraron en una cultura militarista, como lo hizo Europa, es probable generar una guerra sin fin y un imperialismo competitivo». Con una capa mágica tan holgada, que supuestamente cubre a Europa y Japón como una única unidad cultural, se encuentra una pauta más profunda; pero parece un retroceso deprimente para un proyecto que en otro tiempo se enorgullecía de su capacidad de captar el poder en su funcionamiento concreto.

Lo que está en cuestión aquí es la permanente dificultad de Mann para escapar de la jaula de los Estados individuales para afrontar la rivalidad geoestratégica interestatal. En los volúmenes anteriores eso se podía atribuir a su obsesión por el Estado-nación; pero el problema reaparece en su tratamiento del imperio. Su caracterización del imperialismo, incluso con las



varias distinciones entre modos formal e informal que introduce, dificulta una clara visión del acontecimiento decisivo a principios del siglo xx, el extraordinario ascenso de la potencia estadounidense. Como cabía esperar, Mann ofrece una revisión competente del desarrollo del país tras la guerra civil; pero cuando llega al imperio estadounidense su habitual percepción de las principales líneas de poder le abandona. En consonancia con las preocupaciones habituales de la izquierda estadounidense, dedica dieciséis páginas –el mismo número que reserva para la Revolución Rusa– a las incursiones estadounidenses en Filipinas y en la zona Monroe. ¿Pero era éste, para plantearle a Mann su propia pregunta, el eje principal del poder estadounidense a principios del siglo xx? Obviamente no. El rasgo auténticamente espectacular de la política estadounidense, desde el inicio del siglo en adelante, no fueron sus actividades como conquistador imperial, sino el peso que ejerció globalmente como un enorme Estado-nación continental de un océano al otro. Desde esa base desarrolló una ambición auténticamente espectacular, no por acumular satrapías en América Latina, sino por acorralar a las grandes potencias, a los principales participantes en el juego imperialista, domesticando a Rusia, Japón, Gran Bretaña, Francia y Alemania. Esto se anunció en la política de puertas abiertas para China (1899), en el arbitraje de Theodore Roosevelt en la guerra ruso-japonesa, y más claramente en la diplomacia de Wilson en tiempo de guerra. Como han insistido con razón Negri y Hardt, llamar a esto imperialismo significa desviar la atención. Fue la aserción de algo mayor, el Imperio, tal como ellos lo llaman. Mann incluye evidentemente la hegemonía en su repertorio de formas imperiales, pero en este volumen, que trata precisamente del periodo en que surgió esa pretensión, se abstiene de aplicar el término con efectos analíticos.

Si la política de puertas abiertas no pasó de ser una aspiración en el momento del cambio de siglo, y si Wilson fue incapaz de frenar la Primera Guerra Mundial, Washington ejerció una importante influencia, tanto sobre la guerra como sobre la paz, mediante el apalancamiento financiero estadounidense, una historia que Mann deja a un lado en su relato. Aunque insiste en la importancia de la política de alianzas, no presta atención a las relaciones durante la guerra entre Wilson, Lloyd George y Clemenceau. La historia del Tratado de Versalles solo aparece como preludeo para el régimen de Hitler. La Conferencia de Washington en 1921-1922, el Plan Dawes y los Tratados de Locarno solo son mencionados de pasada. En la exposición de Mann está ausente todo el proceso de reflexión en las redes de poder, el intento de reconfigurar la sociedad internacional desencadenado por el desastre de 1914. Esta ausencia es tanto más sorprendente cuanto que, precisamente cuando Mann estaba concibiendo su proyecto, impulsado sin duda por las mismas influencias contemporáneas, apareció una sofisticada literatura histórica que al mismo tiempo que subrayaba el carácter polimorfo del

poder estatal, se ocupaba precisamente de lo que falta en el libro de Mann: la economía política de estabilización tras la Primera Guerra Mundial, y en concreto el papel de Estados Unidos en ella. Un eco indirecto de aquellos trabajos ha reaparecido recientemente a través de la preocupación actual por Carl Schmitt; pero ni la literatura neoschmittiana ni esa rica veta de estudios históricos son citados por Mann. Es evidente que cualquier obra con un ámbito tan amplio debe ser selectiva; ¿pero qué es lo que justifica la inclusión de los exabruptos de Niall Ferguson mientras que *Recasting Bourgeois Europe* (1975), de Charles Maier, o *The Great Disorder* (1993), de Gerald Feldman, por nombrar solo dos hitos, quedan fuera de la exposición? En esos casos no se trata tanto de selección, sino de un autosabotaje distraído de su propio proyecto histórico.

La omisión de cualquier referencia a la economía política de 1914-1923 socava una de las ambiciones más laudables de Mann, en concreto la de mejorar la exposición de Hobsbawm y presentar una valoración coherente de la Gran Depresión. Es notable que durante los últimos treinta años no se haya publicado ningún estudio histórico importante de aquel acontecimiento decisivo en la historia del capitalismo moderno. Lo más cercano es *Golden Fetters* (1996), de Barry Eichengreen, elegantemente elaborado en torno al llamado dilema: El conflicto entre las instituciones victorianas del patrón oro, el privilegio eduardiano de la movilidad sin trabas del capital y las demandas conflictivas de electorados nacionales emergentes que reivindicaban, no ortodoxia monetaria, sino empleo. Ha tenido gran influencia, proporcionando el marco básico, junto con la obra de Milton Friedman, para la interpretación neomonetarista de Ben Bernanke de la dinámica internacional de la Depresión; pero también va acompañada de una política, o más bien de una antipolítica. El enfoque de Eichengreen estaba especialmente destinado a hacer inteligible a los economistas académicos la economía política del periodo de entreguerras. El primer movimiento en tal operación consiste en eludir el problema del poder, desechar el problema de la hegemonía popularizado por *The World in Depression* de Charles Kindleberger y sustituirlo por el análisis neoclásico de la cooperación y la credibilidad. Después de desestimar las teorías del imperialismo como explicación de la Primera Guerra Mundial, Mann no se da menos prisa en arrumbar la cuestión de la hegemonía como explicación de la crisis de entreguerras. El resultado es que se limita a vacuidades, atribuyendo el fracaso en construir un régimen financiero robusto al hecho de que «la Primera Guerra Mundial no había resuelto las rivalidades geopolíticas». De hecho, hay que entender el «fallo de coordinación» de 1931 como naufragio del primer intento de hegemonía por parte de Estados Unidos. Pero poner eso de relieve le habría exigido a Mann centrarse, como se niega a hacer Eichengreen, en el principal medio por el que Estados Unidos ejercía su poder: la deuda interestatal.

Desde el momento en que la Entente contrató su primer crédito de guerra con J. P. Morgan en 1915, hasta el colapso de Bretton Woods en 1971, fue la deuda política la que definió un nuevo problema de hegemonía: créditos concedidos, no a deudores privados o a la periferia imperial, sino de un importante centro político a otro. Esto es lo que un análisis IEMP debería abordar para poder captar la primera fase del ascenso estadounidense.

No hay ni puede haber desacuerdo en que fue del fracaso de aquel régimen económico global del que emergió Hitler; tampoco fue un acontecimiento aislado de importancia meramente local. Fue la extraordinaria agresividad de Alemania la que catalizó a un beligerante tras otro: Italia, Japón, la Unión Soviética. ¿Pero qué podemos decir de la lectura de Mann de la confrontación en Europa entre 1938 y 1941 como una guerra interimperialista? Eso se lee en parte como un ajuste de cuentas polémico con la popular ideología churchilliana de la infancia británica de Mann: en su lugar vemos a Churchill cazando brujas como un bravucón imperialista; en lo que se refiere al enfrentamiento con Hitler, tenía la gran ventaja de que «hacía falta un matón para conocer a otro». El texto de Mann, en sus mejores párrafos conciso y competente, se hace notablemente más tosco a medida que nos aproximamos al clímax de la Segunda Guerra Mundial. En cualquier caso, dejando a un lado las insidias polémicas, nunca ofrece un análisis de la política británica entre 1933 y 1941 que demuestre la prioridad de las preocupaciones *imperiales* en Whitehall durante aquel periodo crucial. ¿No fue principalmente, como arguye el propio Mann con respecto a 1914, una defensa del Estado-nación británico? Dado lo que había invertido en aquel proyecto –en términos de Mann una jaula, sin duda, pero una jaula dorada si alguna vez la hubo–, ¿no era el cálculo político y moral bajo el esfuerzo desesperado de apaciguamiento y la decisión final de combatir más complejo de lo que sugiere esa caracterización reductora?

Otro rumbo habría consistido en argumentar que la Segunda Guerra Mundial fue de hecho un conflicto interimperialista, incluso en Europa, porque en eso fue en la que lo convirtió Hitler. Desde un principio parecía haber en juego mucho más que en la Primera Guerra Mundial. Se trata de auténtica historicidad: en 1939 los protagonistas sabían que venían de un intento fallido de establecer nada menos que un nuevo orden global e hicieron sus planes en consonancia con eso. Era todo o nada. Pero mientras que la exposición de Mann sobre la toma de decisiones en Japón es bastante sofisticada, y su descripción de la política de apaciguamiento toca cuestiones clave, su descripción del Tercer Reich resulta seriamente deficiente. Cabría pensar en la Alemania de entreguerras como *locus classicus* para una teoría del Estado polimorfo. La policracia de Carl Schmitt, *The Dual State* (1941) de Ernst Fraenkel y *Behemoth* (1942) de Franz Neumann son todos ellos precursores legítimos del estudio de Mann sobre el poder moderno. Pero lo que

el volumen III nos ofrece en su lugar es una exposición simplista centrada en Hitler. En determinado momento, a propósito de la insistente petición del mariscal Zhukov de un ataque preventivo contra la Alemania nazi y la desdeñosa respuesta de Stalin —«Hitler no es tan idiota como para atacar la Unión Soviética»— Mann nos dice que «Hitler era un idiota y también lo era Stalin». Parece una discusión tabernaria, precisamente el tipo de caracterización cruda a la que Mann se negaba en su magistral exposición del régimen guillermiano en 1914. En cualquier caso, Mann no cree realmente que Hitler fuera idiota; de hecho piensa que sus objetivos territoriales eran los de un imperialista convencional, pero a lo grande. Hitler, nos informa, «no quería poner fin al imperialismo fracturado, solo [sic] quería fundar el imperio dominante». Fue el rechazo de Londres a ceder frente a esa ambición napoleónica lo que llevó a la guerra.

Ahí hay sombras de una confusión británica con larga tradición: cuando Mann dice que Hitler «no quería ni una guerra global ni un imperio global», ignora el hecho de que Hitler no creía que tuviera ninguna opción real en la materia, ya que la judería mundial conspiraba contra él. El exiguo espacio dedicado al antisemitismo y al judeicidio es un sorprendente rasgo de ese volumen. Mann, sin duda, respondería en su defensa que no quería repetirse a sí mismo: ya había dedicado muchas páginas al tema en *El lado oscuro de la democracia*; pero el resultado es uno de los tratamientos más insustanciales del judeicidio que se haya visto en muchos años en una exposición general como ésta. Más fundamental sería la objeción de que, aunque Mann reconoce la importancia de la ideología racista en el movimiento nazi, no se la toma en serio como elemento organizador del ejercicio del poder por Hitler, a pesar de que fuera sobre todo encuadrado en su antisemitismo como Hitler entendía la sorprendente presencia ausente del poderío estadounidense. Si Mann lleva razón, si fue una guerra interimperialista, su ámbito en la mente de Hitler fue siempre global. La violencia del nazismo estaba dirigida en último término, no solo hacia el establecimiento de una posición imperial dominante, sino contra el fin de la historia, aquel *finis Germaniae* con que amenazaba la soberanía estadounidense.

El marco IEMP que ha empleado Mann para orquestar el vasto conjunto de datos reunidos en las más de dos mil páginas de *Las fuentes del poder social* es una reja decididamente abierta para el análisis histórico y sociológico. Pero por la misma razón, los resultados dependen en gran medida del material histórico al que se aplica y de la habilidad del analista. En su exposición de la crisis de julio de 1914 con la que concluye el volumen II, Mann, el gran estudioso del Estado-nación europeo, ofreció una vindicación verdaderamente memorable de la capacidad de su modelo. Los resultados del volumen III son empero más desiguales. Los dos capítulos sobre los dilemas del imperialismo japonés muestran al mejor Mann: analítico, de

mente clara y no determinista, pero cuando enfoca el otro gran eje oceánico de poder, el atlántico, el marco IEMP no es alimentado con el material que necesita para producir resultados convincentes.

Pero quizá haya ahí en juego otro factor. Los resultados alcanzables mediante un análisis del estilo IEMP también dependen en parte de la energía crítica que alienta su aplicación. El análisis de la crisis de 1914, que Mann completó cuando la multitud se precipitaba a través de la Puerta de Brandenburgo y las dos Alemanias se unían en una Europa reunificada, suponía una afirmación verdaderamente memorable de la política democrática. A la luz de la experiencia europea durante el siglo xx, se preguntaba, «¿es ingenuo pretender que exista una política exterior auténticamente democrática, sin unos partidos o una opinión pública obsesionados con el nacionalismo y abierta al debate, que imponga a los regímenes la consideración del interés social general e impida la muerte de miles de ciudadanos en guerras inútiles?». Veinte años después, el espíritu normativo está todavía vivo, pero ahora en un tono mucho menos político. La historia del siglo es la reducción del potencial político de Europa, sustituida por dos superpotencias y luego por una única superpotencia global. La amenaza de la violencia estaba todavía presente, por supuesto, pero como nos dice Mann,

El imperialismo estadounidense era preferible al japonés o al europeo, cabe suponer porque el imperialismo informal es más benigno y más abierto que el imperialismo directo. El imperio informal se adecua más a la ventaja económica global, emplea menos violencia y es menos maligno que un imperio que subordina el interés económico a las preocupaciones militares y nacionalistas. A diferencia de Sombart, yo prefiero los comerciantes a los héroes.

A los cientos de millones de personas que no son ni comerciantes ni héroes, Mann les aplica una medida del desarrollo aún más básica. Durante la primera mitad del siglo xx, pese a las catástrofes políticas de la época, la altura del europeo y estadounidense medio aumentó más del doble que durante el medio siglo anterior. Fue, concluye Mann, «un proceso comparable a la biología evolucionista de Darwin», atribuible a «los mejores regímenes de sanidad pública, mejores condiciones de alojamiento y mejor dieta». ¿Qué podemos decir de ese giro aplanado, antipolítico, del pensamiento de Mann? ¿Expresa el mismo estado de ánimo deprimido que le llevó a escribir *El lado oscuro de la democracia*? O más prometedoramente, ¿podría el terreno biopolítico en el que Mann pretende últimamente afianzarse, servir como base desde la que abrir el marco IEMP hacia otras críticas sociológicas del poder moderno?